

Me entero en clase. Me recorren escalofríos la espina dorsal, como si estuviera a punto de volverme loca. En el tren, camino al centro de la ciudad, me preparo para los disturbios. Tengo pesadillas despierta en el metro, imaginándome con un cuchillo enorme, rajando sábanas blancas. La sangre del Ku Klux Klan se derrama. ¿Quieres parecer un fantasma, quieres parecer un fantasma?, martillea mi mente. Yo te convertiré en fantasma. Sentada en el metro, pesadillas sangrientas. Salgo de mi pesadilla. Nadie se mueve. Todo el mundo grita. Todos tienen la cara congelada. El tren se está parando. Todo el mundo mira hacia la puerta con tensión. La calle ciento veinticinco. Voy a un disturbio. Quiero matar a alguien.

Han asesinado a Martin Luther King.

La calle me despierta. No hay sangre todavía. Todos toman sus posiciones. El viento sopla rumores. Las calles tiemblan. Llegan los tanques. Los nativos están inquietos. Los tanques callarán a los nativos. Llegan los tanques. Me siento absurda e impotente.

¿A quién voy a atacar? ¿Dónde está un tal George Lincoln Rockwell? Estoy preparada para matarle. Tendrá la oportunidad de pronunciar dos sílabas antes de que me lo cargue. No está aquí. Sólo los rumores y el estruendo de los tanques y la espera. Los escaparates están llenos de cosas. No puedes cambiar a Martin Luther King por las cosas de los escaparates. Reventar los cristales no servirá de nada. Estoy más allá de eso. Quiero sangre. Los tanques están esperando para aplastar a la resistencia, para ahogar los disturbios. Se me pasa por la cabeza: quiero ganar. No quiero rebelarme, quiero ganar. La revolución no será televisada en las noticias de las 6. Me tengo que preparar. Revolución. La palabra me pone en marcha.

Estoy de vuelta en el metro. Nadie mira a nadie. Creo que me ha bajado la regla. Me corre el sudor por las piernas. Voy a casa: mi madre está contenta de verme. Sabe que estoy medio loca. La televisión está empapada de lágrimas de cocodrilo. Rebelión, niños rebeldes, berrinches, rebelión, revolución. Me gusta la palabra.

Vibran las Parcas. Informes sobre los nativos. Están nerviosos. Esto es la materia de la que se hacen las noticias. Nos miramos unos a otros. Discursos apasionados hacen saltar chispas de sus lenguas, dejando un sabor a ceniza amarga en nuestras bocas. Estamos sentados aquí. Estoy pensando en la revolución. La tónica. Abstracta. Revolución. Estoy cansada de ver que perdemos. Matan a nuestros líderes, nos matan por protestar. Protesta. Protesta. Revolución. Si existe, quiero encontrarla. Boletines. Más boletines. Estoy cansada de boletines. Quiero balas.

Después de graduarme en el Manhattan Community College, cuando asistía a CCNY (City University of New York), decidí casarme. Mi marido tenía conciencia política, era inteligente y decente y teníamos una relación frenética, intensa y cargada de emoción. De algún modo, pensaba que nuestro compromiso común con la lucha de Liberación Negra sería la base de un «matrimonio de ensueño». Yo pasaba la mayor parte de mi tiempo en la universidad, reuniones y manifestaciones y, los ratos que estaba en casa, estaba absorta en algún libro. Para mí, era impensable pasar más de cinco minutos en cosas tan mundanas como ocuparme de la casa o lavar los cacharros. Para complicar más las cosas, la idea que tenía mi marido del matrimonio, que venía de sus padres, era que su madre era ama de casa y su padre el sostén económico. Yo no sabía cocinar prácticamente nada más que espagueti y él se quedó impactado al enterarse de que no dominaba las destrezas domésticas como su madre. Después de un tiempo, estaba claro que yo estaba tan preparada para casarme como para que me salvaran alas y echar a volar. Así que, después de un año confuso e infeliz, decidimos que éramos mucho mejores amigos que esposos y nos separamos.

Decidí ir a California. Cada vez me parecía más evidente que, aunque era importante que los estudiantes participaran en la

lucha, ninguna revolución se había ganado sólo con estudiantes. Pelear por cuestiones estudiantiles había limitado mi perspectiva general, me estaba quedando atascada. Quería extender la lucha a la comunidad Negra. En ese momento, California, especialmente el área de la Bahía, era donde estaba pasando todo. Algunos de mis profesores favoritos iban al Oeste ese verano y me ofrecieron buscarme algún lugar para dormir. Como siempre, estaba sin un pavo, pero una buena amiga me dio dinero para el viaje y un poco más para gastos de bolsillo.

Mis amigos me encontraron un sitio en Berkeley, el lugar más radical y progresista en el que he estado jamás. Todo estaba empapelado de pósters revolucionarios y «murales populares». Las fachadas de los bancos y otros edificios oficiales estaban parcheadas con ladrillos a causa de las manifestaciones y las batallas callejeras que siguieron a las luchas del People's Park. En los rincones de las calles se vendían estrellas rojas y el Libro Rojo de Mao y las cooperativas de alimentación vendían comida sana a precios populares. Había colectivos de gente dedicada a sobrevivir, a luchar y a la educación. Me impresionaban las estrategias informales que se montaban para afrontar todo tipo de problemas y me apunté a una clase de habilidades prácticas que daban (impresión, primeros auxilios, etc.).

En las librerías de San Francisco y Berkeley había libros y panfletos que no había visto jamás en Nueva York y por primera vez leí las teorías de guerrilla urbana del Che Guevara, Carlos Mariguella y los Tupamaros. Conocía más el imperialismo de los EE.UU. en Vietnam y Camboya y me sorprendió hasta qué punto estaban también implicados en América del Sur y Central. El gobierno de EE.UU. había invadido más de quince países allí, no una ni dos veces, sino más de diez en algunos casos, y en la mayor parte de esos países los movimientos guerrilleros estaban librando una lucha armada. Leer sobre la guerrilla en América del Sur y Vietnam era una cosa, pero pensar en términos guerrilleros dentro de EE.UU. era otra.

Entonces, usaban la palabra «revolución» sólo porque estaba de moda. La mitad de las veces de lo que hablaban en realidad era de cambio o de algún tipo de progreso indefinido. Algunos querían una nación Negra independiente y otros veían la revolución

Negra como parte de una revolución más general por la que lucharían blancos, Hispanos, Orientales, Americanos Nativos y Negros. Según Malcolm, la revolución implicaba tierra y derramamiento de sangre. Para mí, la lucha revolucionaria Negra tenía que ser contra el racismo, el capitalismo, el imperialismo y el sexismo y por una libertad de verdad bajo un gobierno socialista. Pero la realidad de conseguirlo parecía muy lejana.

En Berkeley y San Francisco, la revolución no parecía tan lejana. Había un montón de radicales blancos, *hippies*, Chicanos, Negros y Asiáticos dispuestos a lograrla. Pero a mí no se me habían olvidado los obreros y los campesinos conservadores y los meapilas del «Cinturón de la Biblia» y los llamados *amerikanos* medios que habían votado a Nixon. No me imaginaba a la «nueva izquierda» hablando con estas personas, menos aun organizándolas y cambiando su forma de pensar. Pensé que la única forma de encontrar algunas respuestas era seguir estudiando y luchando. No sabía para qué serviría lo que estaba estudiando, pero me imaginaba que alguna vez serviría de algo. Leía sobre guerra de guerrillas y luchas clandestinas sin tener la más mínima idea de que un día yo iba a tener que vivir en la clandestinidad. Cuando lo pienso, me hace gracia, porque haber leído todo eso probablemente me ha salvado el pellejo un millón de veces.

Como parte de mi clase de primeros auxilios, trabajé de asistente de un médico que iba voluntariamente una vez por semana a Alcatraz. En ese momento, Alcatraz estaba tomada por un grupo de Nativos Americanos que protestaba por una serie de acuerdos rotos, políticas genocidas y explotación racista. Alcatraz simbolizaba la fuerza y la dignidad de las personas Indias y su determinación por luchar para preservar sus tradiciones culturales. Disfrutaba mucho con todo lo que implicaba ir allí, menos del viaje. El médico era un fanático de las motos que insistía en atravesar el Golden Gate a todo meter sobre aquel bicho, mientras yo me agarraba fuerte, por la cuenta que me traía. Una vez en la otra orilla, nos montábamos en un barcucho que hacía aguas y llegábamos renqueando a la isla. Para cuando llegábamos allí, sentía que ya llevaba encima una jornada laboral entera.

Lo primero que me impresionó fue el espíritu de la gente. Sentía su extraordinario orgullo, su determinación y su calma desde el momento en que aterrizaba hasta que me tenía que ir. Eran Nativos Americanos de todas partes de América del Norte, incluido Canadá, de distintas tribus y entornos. Eran jóvenes, viejos. Había bebés que se revolvían en los brazos de sus madres. Un viejo que había pasado muchos años en la prisión de Alcatraz dijo que cuando llegó a la isla, cogió un mazo y redujo a escombros la celda donde estuvo preso. Esa cárcel, una de las más sádicas e infames que han existido jamás, se vislumbraba amenazante al fondo.

Había muchas naciones Indias distintas, cada una con su riqueza cultural, sus tradiciones religiosas y su historia. A todos les gustaba aprender y enseñarse unos a otros su historia y cultura. Fue una sorpresa descubrir cuántos Nativos Americanos habían crecido en las ciudades y no sabían nada sobre de dónde venían. En ese aspecto, eran muy parecidos a los Negros. La mayoría era de la Costa Oeste, así que les hablé del Museo Nacional de los Indios Americanos y del Museo de Historia Natural de Nueva York. Me paré en seco. Pensé cómo me sentiría yo si entrara a un museo y viera las casas y objetos robados a mi gente colgados en una sala de exposiciones. Según hablaba, me daba cuenta de que la mayor parte de la «historia» que me habían enseñado sobre los Indios eran probablemente mentiras inventadas por los blancos.

Más adelante aprendí, por ejemplo, que lo de arrancar la cabellera era una vieja costumbre europea. En la década de 1700, el estado de Massachusetts pagaba el equivalente a sesenta dólares por cabellera y en Pennsylvania ciento treinta y cuatro dólares. No fue hasta cien años más tarde, en respuesta al genocidio masivo por parte de los blancos cuando los Indios empezaron también a arrancar las cabelleras. Ninguna de las pequeñas exposiciones del museo que muestran tipis y penachos había mencionado jamás cómo se acribilló a hombres, mujeres y niños en Wounded Knee o cómo el ejército de EE.UU. entregó a los Indios mantas infectadas de viruela. Mientras escuchaba a las hermanas y hermanos en Alcatraz, me daba cuenta de que la verdadera historia de cualquier pueblo oprimido no se puede encontrar en libros de historia.

Siempre estaré profundamente agradecida por haber tenido la oportunidad de visitar Alcatraz. Nunca olvidaré la serena confianza de los Indios cuando hablaban tranquilamente de sus vidas, incluso estando bajo amenaza constante por parte del FBI y el ejército de EE.UU. No encajaban en ninguna de mis ideas preconcebidas ni en las imágenes estereotipadas que mostraban la tele o las películas. Conmigo eran muy abiertos y, después de un tiempo, hablábamos de la lucha en general. Tenían muchos de los problemas que teníamos también nosotros: la educación, organizar a la gente para la lucha y concienciarla. Desde luego que su enemigo era el mismo y estaban tan mal como nosotros, o peor. Me dijeron que fuera a conocer Akwasasne cuando regresara a Nueva York. Estaba en un territorio que habían liberado en la frontera entre Nueva York y Canadá. Les dije que si alguna vez venían a Nueva York tenían que visitarme y conocer Harlem. «Claro. ¿Cuándo vais a liberarlo?», me preguntaron.

Había un millón de grupos en el área de la Bahía que quería conocer. Había tanta actividad que necesitaba días de veintiocho horas para poder estar al tanto de todo. Una persona con la que estudiaba me consiguió una reunión con los Boinas Cafés, una organización de Chicanos que había surgido hacía poco en California y Texas. Fue una reunión rápida, pues el hermano con quien había quedado tenía que irse. Me hizo una lista de algunas de las condiciones con las que lidiaban y parte del trabajo que llevaban a cabo. Siempre había pensado que el movimiento Chicano era más rural que urbano. Casi toda la información que nos había llegado era sobre la lucha de los campesinos Chicanos y gente como César Chávez, que luchaba para organizarlos y que se abolieran las insostenibles condiciones de vida en que vivían y los salarios de esclavo a los que estaban sometidos. No sabía que había Chicanos en la ciudad luchando contra el desempleo, la brutalidad policial y los colegios deficientes, exactamente igual que los Negros. De la misma forma que el Partido de las Panteras Negras trataba de organizar y politizar a las bandas callejeras en Chicago, los Boinas Cafés querían politizar a las bandas callejeras en Los Ángeles. El hermano también me contó que habían trabajado mucho el caso de «Los

Siete de las Razas», siete hermanos Chicanos a quienes se había acusado de matar a un policía de San Francisco. (Luego fueron absueltos.) Yo quería seguir discutiendo sobre este caso, pues veía el mismo modelo en todas partes: hermanas y hermanos encarcelados por todo el país, acusados de matar o conspirar contra los cerdos. El hermano se tuvo que ir volando. Prometimos volvernos a encontrar, pero nunca ocurrió.

Los siguientes que quería conocer era la Guardia Roja, un grupo de jóvenes hermanas y hermanos revolucionarios que luchaban en Chinatown, San Francisco. Me apetecía especialmente conocerlos porque era muy difícil conseguir ningún tipo de información sobre ellos en el Este. La Costa Oeste tenía la mayor población Asiática del país y me quería enterar bien de qué era lo que estaba pasando en las comunidades Asiáticas. Mucha gente pensaba que los Asiáticos no viven el racismo, que son profesionales y dueños de negocios, e ignoran que muchos son pobres y están oprimidos.

Encontrar a la Guardia Roja no fue fácil. La mitad de la gente con la que me topaba nunca había oído hablar de ellos, y la otra mitad tenía una vaguísima idea de quiénes eran y qué trabajo hacían. Alguien me dio una dirección y puesto que no tenía ni la más mínima idea de dónde era, le pedí a un hermano que me llevara a su sede central en Chinatown. Nos acabamos perdiendo, sin conseguir encontrar el lugar. Así que terminamos en un restaurante chino, enfrascados en un tremendo debate. Para empezar, él no comprendía por qué una mujer negra quería contactar con revolucionarios Chinos: «sólo los Negros liberarán a los Negros»; «a los Chinos les importamos un carajo ni tú ni yo. Lo único que les importa es su propia gente y lo que está pasando en China». Le dije que éramos muchos los que estábamos en apuros y que la única forma de salir de ello era juntarse y romper las cadenas. El hermano me miró como si estuviera largando un rollo retórico vacío. Algunas de las leyes de la revolución son tan sencillas que parecen imposibles. La gente piensa que para que algo funcione tiene que ser complicado, pero muchas veces funciona lo contrario. Frecuentemente conseguimos cosas cuando ponemos en práctica verdades sencillas. La base de cualquier lucha es que la gente se junte para luchar contra un enemigo común.

Cuando finalmente conseguí conocer a algunos de los hermanos de la Guardia Roja fue por casualidad y de una manera un tanto vergonzosa. Fue un día que andaba en el parque con otra hermana y unos hermanos del Sindicato de Estudiantes Negros (Black Students Union, BSU). Estábamos intercambiando experiencias, hablando de política y fumando maría. Hacía un día espléndido de cielo azul y estábamos tirados al sol, despreocupados, escuchando *rock* de fondo. Yo había llevado un montón de folletos y periódicos de Nueva York para repartirlos. Todo el mundo estaba tranquilo y relajado cuando de repente aparecieron un puñado de cerdos que se lanzaron sobre un grupo de *hippies* y les pegaron una paliza bestial, pateándolos y golpeándolos con sus porras. Estábamos todos tan puestos que nos quedamos allí sentados, mirando, como si fuera una peli o algo así. Cuando por fin conseguimos alzar nuestras voces en protesta y gritar, los cerdos se estaban llevando a los *hippies*.

Se acercaron dos hermanos asiáticos y señalaron los periódicos.

—Deshaceos de eso antes de que os lo vean los cerdos —nos dijo uno—. Están llegando más. Si tenéis hierba más vale que salgáis de aquí rápido.

Nos hicimos un lío terrible, metiéndonos las hojas de periódico por debajo de la camisa y en los bolsillos. El hermano Asiático sacó la atontada procesión que formábamos fuera del parque.

—¿Queréis que os llevemos a algún lado?

—Sí, genial.

—¿Dónde?

—Uff, a cualquier lado. Cualquier sitio lejos de aquí —respondió uno de nosotros. Estábamos demasiado puestos para poder tomar ninguna decisión. Nos apretujamos en un *jeep* destartado. Nos dijeron que nos llevarían a Shattuck Street. En cuanto arrancaron, todos empezamos a hablar de los cerdos pegando a los *hippies*. La imagen nos quemaba.

—Menudo viaje —masculló uno de los hermanos del BSU—. ¿Habéis visto a esos cerdos? Me parecía que iban a matar a esos tipos.

Yo seguía colocada, me sentía demasiado aturdida y sobreco-gida como para hablar.

—Por eso necesitamos una revolución —decía la hermana—. Se creen que pueden hacer lo que quieran.

—¿Por qué ha empezado la historia? —preguntó alguien a los hermanos asiáticos.

—Un rollo de una identificación o algo así. Querían joder un rato a alguien. Tenéis suerte de que no os vieran a vosotros antes.

Nos quedamos callados por un momento, imaginando cómo nos hubiesen pegado y llevado al talego.

—Menos mal que no vieron esos panfletos —dijo el otro hermano asiático—. Os hubieran jodido seguro.

La hermana, que estaba evidentemente enfadada, saltó con un rollo político. Todos intervinieron, hablando sobre la situación de la comunidad Negra, la lucha de los estudiantes Negros y el carácter policial del estado en américa. Todo el mundo entró a la crítica, presentándose como activistas políticos y revolucionarios.

—¿Estáis en el movimiento? —preguntó uno de los hermanos asiáticos.

Todos se lanzaron a decir que sí, dando detalles y nombres de organizaciones.

—¡Qué bueno! —dijeron.

Nos contaron que pertenecían a la Guardia Roja y que estaban teniendo una especie de foro sobre la revolución en China. Con la lengua trabada por la intoxicación de marihuana y en un estado de confusión, traté de comunicarles que había estado intentando ponerme en contacto con su organización. El hermano que hablaba más se agachó a coger un panfleto de debajo del asiento del coche y me lo pasó, tenía la fecha y lugar del foro.

—No dejes de venir —me dijo—. Guárdalo en un lugar donde no lo pierdas —añadió, haciendo referencia directa a mi pésimo y confuso estado de conciencia—. Tenéis que tener cuidado con la hierba, especialmente cuando llevéis panfletos o periódicos. A algunos buenos camaradas los han trincado por eso.

—Sí —dijo el otro—. Tenéis que estar al loro para lidiar con esta situación. Tenéis que ser disciplinados y estar preparados para tratar con el enemigo en todo momento.

Los hermanos de la Guardia Roja nos dejaron y les agradecimos y despedimos entre un coro de exclamaciones de acuerdo

entusiasta y eslóganes políticos. Con cuidado de no cruzarnos la mirada, vagamos sin rumbo, buscando algún lugar para dejarnos caer y aclararnos las ideas. Me sentía culpable y estúpida, tonta y políticamente ingenua. Me daba vergüenza ir andando a trompicones por la calle en mitad del día sin tener pleno control de mis facultades, demasiado colocada para lidiar con la realidad, no digamos ya de cambiarla. Me preguntaba qué pensarían de nosotros los hermanos de la Guardia Roja, viéndonos allí colgados, teniendo que sacarnos literalmente del parque. Era obvio que yo estaba en pañales y que necesitaba centrarme. Si quería considerarme una revolucionaria, tenía que ganármelo. Había oído decir a alguien que los revolucionarios se colocan con la revolución y que ése es el mejor colocón del mundo.

—Voy a probar ese colocón —dije en voz alta.

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—Nada —respondí—. Estaba pensando en voz alta.

—Ah —dijo otro—. Está bien.

Paramos en una cafetería a tomar un té. Teníamos todos pinta de estar avergonzados y perdidos en nuestros propios pensamientos. Finalmente, nos despedimos y separamos. Volví a la casa donde me estaba quedando, reflexionando sobre qué tendría que hacer para ser quien quería ser. La revolución es cambio, y el lugar por donde debe empezar es uno mismo.

La organización más importante en la lista de organizaciones que quería conocer era la sede central del Partido de las Panteras Negras en Oakland. Tenía mucho respeto hacia el Partido, que había sido, como para casi todas las personas de mi edad que conocía, una influencia muy importante en mi vida. Cada vez que oíamos hablar de cómo Huey Newton y Bobby Seale se enfrentaban a la estructura del poder, chocábamos los cinco y decíamos «¡Eso es!». Para mí, las Panteras eran la hostia y el Partido, todavía más. El increíble valor de plantarse en el Senado de California con rifles para exigir que los Negros tuvieran derecho a llevar armas y a la autodefensa me hizo pararme y reflexionar. Y cuánto más me politizaba, más los apreciaba. Las Panteras no intentaban parecer intelectuales y hablar de la burguesía nacional, el complejo

militar industrial o la clase gobernante reaccionaria. Simplemente llamaban a las cosas por su nombre. No se referían al ejército nacional represivo o al aparato represivo del estado. Llamaban cerdos y perros racistas a la policía racista.

Una de las cosas más importantes que hizo el Partido fue dejar claro quién era el enemigo: no eran los blancos, sino los opresores capitalistas e imperialistas. Sacaron la Lucha de Liberación Negra de un contexto nacional y la situaron en el internacional. El Partido apoyaba luchas revolucionarias y gobiernos por todo el mundo e insistían en que los EE.UU salieran de África, Asia y América Latina y también del gueto. Había conocido a algunas de las Panteras en Nueva York cuando vinieron a hablar en las conferencias a las que les invitábamos en el Manhattan Community College. Solía dejarme caer por algunas de las sedes del Partido de las Panteras Negras y ofrecía mi ayuda para lo que fuera, cualquier cosa que hiciera falta. Me alegraba hacerlo. Casi ni abría la boca. Me dedicaba simplemente a mirar, escuchar y trabajar. Algunos de los camaradas me preguntaban por qué no me unía. «Seguramente un día lo haga», les respondía siempre.

Cuando escuché por la radio que habían hecho una redada en la sede de las Panteras Negras de Nueva York, me enfurecí. Los supuestos cargos por conspiración eran tan ridículos que incluso un idiota podía ver que eran un montaje. La policía incluso tuvo la audacia de acusarles de conspiración para volar las flores del Jardín Botánico. Y «los 21» eran de las hermanas y hermanos mejores y más politizados del Partido. Era un insulto. Pensé en unirme al Partido en ese mismo momento, pero había otras cosas que quería hacer y necesitaba tener un perfil bajo para llevarlas a cabo.

A pesar de lo que me gustaba la organización, también tenía serias diferencias con su estilo de trabajo. Cuando abrí la verja de entrada de la sede central de Oakland, la idea de entrar me produjo tantos nervios como los Doberman que había corriendo por el patio. Un hermano me abrió la puerta y yo solté nerviosa que era de Nueva York y que había venido a conocer el Partido. Él actuó como si se alegrara de verme y me llevó a una sala para conocer a algunas de las otras Panteras. Un grupo de hermanas y hermanos estaba sentado en la sala, riendo y hablando. Me

saludaron informalmente y me pasaron una silla para que me sentara. Estaba Artie Seale y yo tuve que controlarme para no quedarme embobada mirándola. Me preguntaba cómo se sentiría teniendo a su marido en la cárcel, condenado injustamente, atado y amordazado en el juicio. Reconocía algunos otros nombres. Era extraño estar ahí, en una sala con esa gente. Era como estar sentada en las páginas de un libro de historia.

Me preguntaron por Nueva York, y yo les conté lo que estaba pasando con los estudiantes Negros del Manhattan Community College, CCNY, y el movimiento Negro de estudiantes en general, el movimiento contra la guerra, los trabajadores Negros de la construcción y todos los otros trabajos en los que yo estaba implicada en ese momento. Les dije que había trabajado un poco para las Panteras Negras de Nueva York y solté la lista de los que conocía. Alguien me preguntó que por qué no me había afiliado nunca al Partido.

Medio tartamudeando, les dije que lo había pensado pero había decidido que no. «¿Por qué?» Todos querían saber. Era difícil decirlo ahí, sentía mucho amor y respeto hacia ellos, pero sabía que me odiaría a mí misma si no decía lo que tenía en la cabeza: que me había echado para atrás la forma que tenían los portavoces del Partido de hablar a la gente, que su actitud muchas veces era arrogante, frívola e irrespetuosa. Les dije que prefería la forma educada y respetuosa que utilizaban los activistas por los derechos civiles y los Musulmanes Negros para dirigirse a la gente que el estilo prepotente y chulesco que estaba de moda en Nueva York. Les dije que decían muchos tacos y provocaban rechazo en mucha gente Negra que de otro modo sería muy receptiva a lo que el Partido estaba diciendo.

Cuando terminé, esperé nerviosa a que me atacaran por lo que acababa de decir. Para mi profunda sorpresa, no lo hicieron. Todos estuvieron de acuerdo en que, de hecho, la forma en la que los miembros del Partido se relacionaban con la gente tenía que cambiar de inmediato. Una de las hermanas señaló que había una crisis de líderes en el grupo de Nueva York a causa de la detención y encarcelación de «las 21 Panteras». Todo el mundo en el movimiento sabía que la policía de Nueva York había secuestrado a los que tenían más experiencia, a los líderes más capaces e inteligentes

de la rama de Nueva York y pedían un rescate de cien mil dólares por cada uno. Uno de los hermanos explicó que las Panteras estaban enfrentándose al mismo problema en todo el país por su persecución por los cerdos. Pasamos casi toda la tarde discutiendo sobre la lucha Negra en Nueva York y en EE.UU. en general. Estaba completamente entregada a una discusión sobre estrategia y táctica cuando entró en la sala Emory Douglas. Me dio tanta alegría conocerle que me sentí como una abeja en una fábrica de polen. Me encantaba su trabajo, hasta tenía un extracto de un escrito suyo pegado en la puerta de mi armario. Nos entendimos inmediatamente; cuando se terminó la discusión general, me llevó a ver cómo se montaba el periódico de las Panteras.

Me quedé realmente impresionada con las Panteras de Oakland. Después de mi primera visita, me pasaba regularmente por sus oficinas. Visité algunos de sus otros locales de la zona, para hablar con la gente y soltar mi habitual cargamento de preguntas. Pasé alguna noche trabajando en el centro de distribución del periódico del Partido, que estaba situado en el distrito de Fulton en San Francisco. ¡Fue todo un viaje! Los periódicos no se recogían de la imprenta hasta avanzada la noche y la gente trabajaba hasta las mil, organizándolos y preparándolos para su distribución por las oficinas de las Panteras en todo el país. Las Panteras trabajaban ahí, pero la mayoría eran hermanas y hermanos del barrio que se dejaban caer para echar una mano. Había muchos jóvenes pero también algunas de las hermanas y hermanos más mayores. Mientras hacíamos paquetes de periódicos, imprimíamos direcciones y los contábamos, cantábamos las canciones y las consignas de las Panteras. Cada tanto, algunos salían afuera a echar un trago de «perro amargo», que era supuestamente una invención propia de las Panteras, hecho de Oporto rojo y zumo de limón. No estaba mal cuando me acostumbré y a la una de la mañana ya me había encandilado. Trabajar en la distribución del periódico no parecía un trabajo, era más bien una fiesta. Siempre había alguien que me llevaba en coche a casa y caía en un sueño dulce, y al día siguiente me sentía como nueva.

Estaba en todos los periódicos, resonaba por la radio y aun así no me lo podía creer. La cara seria del joven con la pistola se

atrincheraba en mi cabeza. Debí de coger y dejar el mismo periódico aproximadamente unas cien veces. ¡Esa mierda iba en serio! Diecisiete años y con un rifle debajo de la gabardina. Diecisiete años y asumiendo la libertad él solo. Diecisiete años y desafiando a toda la estructura cerda de poder en américa. Diecisiete años y muerto. Me brotaban lágrimas que ni sabía que tenía. Fui a llamar, a ver si alguien me lo podía explicar. ¿Quién era Jonathan Jackson? ¿Quién era ese joven que fue a liberar a un preso revolucionario Negro, tomando a un fiscal del distrito y a un puto juez como rehenes, mientras gritaba: «¡Somos los revolucionarios! Liberad a los Hermanos Soledad para las 12.30? ¿Quién era?».

Había oído vagamente hablar de los Hermanos Soledad. Un hermano que sabía todo sobre el caso me lo explicó. Tres presos Negros desarmados habían sido asesinados en el patio por un guardia blanco. El jurado dictaminó: «Homicidio justificado». Tras el veredicto, encontraron, un guardia blanco muerto. Tres presos politizados Negros fueron acusados del asesinato y aislados. Se enfrentaban los tres a la pena de muerte. John Clutchette, Fleeta Drumgo y George Jackson fueron los hermanos acusados de asesinato. George Jackson, un teórico y brillante escritor revolucionario, era el hermano de Jonathan Jackson.

No podía sacármelo de la cabeza. ¿Por qué la gente seguía viendo mientras Jonathan Jackson yacía muerto? ¿Qué clase de rabia, qué clase de opresión y qué clase de país formaba a ese joven? Me sentía culpable por estar viva y bien. ¿Dónde estaba mi pistola? ¿Dónde estaba mi valentía?

Era incapaz de llorar en el funeral. Había cientos de personas. Casi no cabíamos en la iglesia. Pusieron unos altavoces hacia fuera para que la gente pudiera escuchar el sermón. La Panteras Negras, solemnes y decididas, marchaban en formación militar. Estaba tan, tan contenta de que estuvieran allí. Los negros necesitábamos a gente que diera la cara por nosotros o seguiríamos siendo víctimas siempre. Me envolví en mis propios brazos para no deshacerme. La vida puede ser asquerosa para nosotros. Caer en el victimismo puede acabar contigo.

Había llegado el momento de poner en orden mi caos. Quería ser una de las que se plantara. Eran tiempos serios.

Angela Davis se había fugado para salvar su vida. La habían relacionado con Jonathan Jackson y estaba acusada de secuestro y asesinato, aunque no hubiera estado ni cerca de allí. La acusaban de asesinato porque decían que algunas de las pistolas que habían usado le pertenecían. Para mí, ella era una de las mujeres más bellas que había visto nunca. No física sino espiritualmente. La conocía porque había ido guardando recortes suyos en mi carpeta. Fue la hermana a la que expulsaron de su trabajo de profesora en una universidad de California porque dijo abiertamente que era comunista y que, si no les gustaba, se podían ir al infierno.

No me sorprendía. Acusaban a los Negros de cualquier cosa, usando las excusas más peregrinas. Estábamos contentos de que no la hubiesen pillado. Esperaba que nunca lo hicieran. El aire estaba cargado, todo pasaba muy rápido y yo ya no estaba ciega. Estaba comenzando a ver las cosas claras, más claras que nunca. Tenía muchas cosas que hacer. Si estás sordo, mudo y ciego ante lo que pasa en el mundo no tienes la obligación de hacer nada. Pero si sabes lo que está pasando y no mueves el culo, eres un mierda.

Intenté explicar cómo me sentía a la gente que conocía. Quería luchar con plena dedicación. Me insistieron en que me uniera al Partido. Repasé mentalmente todas las críticas que me provocaba. Me decían: «El Partido te vendría bien y tú le vendrías bien al Partido. La fuerza del Partido viene de su gente». Tenía sentido. Por primera vez en muchos meses me sentía tranquila y segura sobre lo que tenía que hacer. Les dije que lo primero que iba a hacer cuando regresase a Nueva York sería unirme al Partido.

Lo estuve pensando todo el trayecto de regreso. Desde luego, de todas las cosas que había querido ser cuando era niña, revolucionaria no aparecía por ningún lado. Y ahora era la única cosa que quería hacer. Todo lo demás era secundario. Pensé que aunque quería ser revolucionaria más que nada en el mundo, seguía sin tener la más mínima idea de lo que tendría que hacer para llegar a serlo.